

Loa al callo de la pluma

EVE GIL

Acabo de adquirir una antigua máquina Rheinmetal en un bazar de la colonia Roma, animada por uno de los más recientes libros de Paul Auster, ilustrado por Sam Messer, *La historia de mi máquina de escribir* (Anagrama, 2002, Traducción Benito Gómez Ibáñez). En realidad, lo que esta lectura consiguió fue avivar una inquietud largamente postergada, pues este anacrónico aditamento de escritura ha ejercido una poderosa atracción sobre mí desde siempre.

A pesar de pertenecer a la generación que recibió la computadora como una bendición, me reconozco nostálgica de los afilados lápices de Hemingway y el obtuso tecleo a dos anulares de Faulkner, tanto así que a estas alturas no logro congeniar con mi computadora LG que me ha dado más dolores de cabeza que satisfacciones, más aún, no concibo escribir directamente a la pantalla, que en mí obra un efecto más angustioso que el achacado por siglos a la página en blanco. Mi diálogo con la pantalla fluorescente es imposible, simplemente no hay química entre nosotras. Necesariamente deberé sentarme ante ella con una versión previa, escrita a mano, actividad que encuentro aún más placentera que teclear en la máquina. Por algún motivo, la escritura a mano me hace sentir mucho más cercana a lo que escribo, como si el fluir de la tinta se sincronizara con el paso de la

sangre desde el cerebro hasta los dedos: sangre y tinta corriendo al unísono, conectadas, alegoría ni tan alegórica a la que los antiguos escritores recurrían para describir la sensación del acto creador. El poeta cubano José Kozer, grafómano él mismo, contaba la siguiente anécdota sobre Wal Whitman: Cuando ya anciano el poeta norteamericano no conseguía estructurar un verso, se aficionó a copiar palabras del diccionario en un cuaderno, con tal de experimentar la sensación de escribir.

El doctor Andrés Borbón, neuropsiquiatra, lo explica de la siguiente manera: “Se supone que cuando escribimos a mano, además de que es en sí un acto motor (del cerebro a la mano) es también un acto sensorial (de la mano al cerebro). Si somos diestros, como el 95 por ciento de la gente, aquello que escribimos retroalimenta la parte izquierda del cerebro, que es la encargada del lenguaje verbal. Quien escribe a dos manos (sobre el teclado) da información sensorial a ambos hemisferios cerebrales. Numerosos experimentos han demostrado que el estilo de escritura en personas ambidiestras es diferente cuando escriben con la mano izquierda que con la derecha, a condición de que no vean (con los ojos) lo que están escribiendo. El hemisferio derecho tiene preeminencia sobre el lenguaje no verbal, simbólico, analógico.”

Andrés, que también escribe, agrega: “Yo no puedo escribir a máquina. Cargo libretitas y escribo siempre a



Alfredo Zalce

mano el primer borrador. La textura del papel, la pluma (me gusta la pluma fuente) y esa magia de ver cómo brotan de la punta de la pluma estas serpientes que se organizan en palabras, es algo único.”

Al igual que Andrés, Alejo Carpentier odiaba escribir en máquina. Apoyaba una libreta larga y estrecha sobre el brazo de su sillón (tenía que ser ese sillón) y llenaba cuartilla tras cuartilla. Al cabo de un rato, su esposa María Luisa lo transcribía a máquina.

Luego de charlar sobre el tema con varios escritores de mi generación, y comprobar que la abrumadora mayoría no toma una pluma más que para firmar recibos de honorarios (no hablemos ya del consabido “callo de la pluma” como el sello de garantía del escritor), me he puesto a pensar que si de por sí en estos tiempos, un escritor es una especie de exiliado social -“todo acto de creación es desarraigo”, dice Kozer-, el escritor que se sirve de la pluma y la máquina de escribir es doblemente exiliado pues sus colegas le mirarán como a un extraño bicho que desdeña las ventajas de la tecnología para mantenerse fiel a lo que los demás, hijos del control remoto y el microondas, perciben como aparatos de tortura. El propio Auster comenta: “(...) Mis amigos se burlaban de mí por resistirme a la nueva manera de hacer las cosas. Cuando no me llamaban pedazo de carcamal,

decían que era un reaccionario y un cascarrabias. Me dejaba igual. Lo que a ellos les venía bien, no tenía necesariamente que convenirme a mí, decía yo. ¿Por qué había de cambiar, si me sentía enteramente satisfecho tal como estaba? (La historia de mi máquina de escribir, p. 22).

Por supuesto, Auster no es el único que siente aversión por la computadora. Me vienen a la mente Salvador Elizondo, Carlos Fuentes y Javier Marías, que pertenecen a tres generaciones distintas. Elizondo, el mayor de los tres, escribe exclusivamente a mano y con pluma fuente. El original de su extraordinaria novela, *Farabeuf*, es un manuscrito en toda la extensión de la palabra (curiosamente los editores más vanguardistas conservan la costumbre de nombrar manuscrito al texto capturado). Cuando alguien le preguntó por qué no se servía de la maravilla que intercambia y suprime párrafos con un sólo click, su respuesta fue: “no puedo trabajar verticalmente, me da la impresión de que se me van a caer las fichas.”

Carlos Fuentes, por su parte, aportó el pretexto más lapidario contra el uso de la computadora: “Es como hacer el amor con condón”. Fuentes escribe directamente a máquina... y no, no es una Rheinmetal, ni siquiera una Olympia como la de Auster: es una de esas maquinillas portátiles que se acarrearán con la misma facilidad

que una laptop e invariablemente formará parte de su equipaje. Javier Marías, un poco más moderno, emplea máquina eléctrica.

¿Por qué habemos quienes consideramos a las computadoras un mal necesario, por decir lo menos? Tiene razón Fuentes: no se siente lo mismo. En definitiva, para quienes conocemos el placer de sentir la punta del bolígrafo deslizarse sobre la suave superficie del papel, o el que procura la rítmica presión sobre unas teclas bien aceitadas, los deleites digitales aportan muy poco y más bien se pierde el vínculo carnal con este ejercicio. Perdido este vínculo (e, insisto, es mi caso particular) se difumina la carnalidad de mis palabras, de mis emociones y, peor aún, las de mis personajes.

En su ensayo *Suspense*, publicado en 1966, Patricia Higsmitth menciona otra característica del ejercicio escritural que se ha perdido: “No me duele el tiempo que dedico a mecanografiar de nuevo las páginas llenas de correcciones. Mientras lo hago voy creando un segundo borrador y al mismo tiempo voy puliendo constantemente, mejorando alguna palabra que dejé tal cual cuando corregí el primer borrador con la pluma (...)” Cuando tengo mi original capturado y debo revisarlo me entra una especie de desazón, cuando no desesperación por leer cuando debería estar escribiendo. No es lo mismo mover párrafos y cambiar una palabra por otra que pasar en limpio, porque el proceso de reescritura afina la percepción del escritor ante un defecto en la sintaxis o la conveniencia de modificar (no de mover) un diálogo. La depuración del texto es, pues, más efectiva. La relectura a la pesquisa de palabras que cambiar puede arrojar los siguientes resultados. Más de una vez me he visto orillada a tomar la página capturada para pasarla en un cuaderno y volverla a capturar, y descubro que queda mucho mejor que con el estático procedimiento de quitar y poner.

Manuel Vázquez Montalbán tiene una simpática anécdota: “Me acuerdo de una cena en una “trattoria” de Milán con libreros y escritores. Yo, en aquella época (1992) todavía no usaba el ordenador, me lo había regalado mi agenta literaria y lo tenía en una caja sin usar. Bueno, una librera italiana me dijo: “¡Ah!, No lo abra nunca. Fíjese usted que García Márquez y Vargas Llosa desde que han comenzado a usarlo escriben peor.” Claro, yo al escuchar esas palabras me asusté muchísimo.” Sin embargo, Vázquez Montalbán la sacó finalmente del paquete y en ella ha escrito sus últimos libros, aunque “me encuentro con la dificultad de leer sobre la pantalla, me parece más un espectáculo que un texto literario. Tiene mucho más sentido de borrador la pantalla que la hoja impresa. Entonces tengo la necesidad de imprimir cada cuatro-cinco folios y corregir manualmente.”

Por último está la mejor de las razones. Dice Auster: “(...) muchos amigos míos empezaron a contarme historias terroríficas de que daban la tecla que no era y perdían el trabajo de todo el día –o de todo el mes–, y me hicieron múltiples advertencias sobre cortes de luz capaces de borrar un manuscrito entero en menos de un segundo.”

Reto al más entusiasta defensor de la computadora a que me asegure que jamás ha sido traicionado por su equipo, que nunca ha experimentado el deseo de patearlo o arrojarlo por la ventana... ¿ah, verdad?, yo sé lo que se siente perder una novela entera, seis años de trabajo en un segundo... afortunadamente no para siempre, pues es tal mi desconfianza que me cercioro de tener múltiples respaldos. No uno, ni dos, sino varios. Y me sorprende que haya aún quien se fie bastante de su disco duro para almacenar en él la única versión de su libro, una ingenuidad aún mayor que escribir en máquina manual teniendo computadora. 🐱